

DE BUENAS LETRAS

La Alpujarra de Pedro Antonio de Alarcón

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

La última edición de 'La Alpujarra', el libro de viajes más popular de Pedro Antonio de Alarcón, ha visto la luz, en una publicación conjuntamente realizada por la Universidad y Diputación de Granada, hace apenas unos meses. Lo presentaron el diputado de Cultura, José Torrente García, la decana de la Facultad de Letras, María Elena Martín-Vibaldi, y el profesor y académico Andrés Soría, una mañana del pasado mes de abril en el patio del palacio Condes de Gabia.

Se trata, sin la menor duda, de la edición más erudita y completa, tanto desde el punto de vista literario como histórico, hasta el día de hoy realizada. La extensa introducción de la investigadora Eladia Raya –nada menos que 136 páginas de condensado estudio–, lo mismo que la enorme cantidad de notas a pie de página y la apabullante bibliografía que acompaña el texto de Alarcón, así lo acreditan. El total de la obra sobrepasa las setecientas páginas.

Me parece obligatorio, ante tal alarde de datos, hacer parada en las páginas de Ela-

dia Raya. La investigadora, en un trabajo insuperable, analiza los dos temas de máximo interés de este libro: la Alpujarra, escenario y mito de la obra, y el autor, un escritor que se debate entre los últimos suspiros del ya decadente romanticismo y las nuevas corrientes literarias –realismo, naturalismo–, que nos llegan de Europa. Tras un minucioso análisis termina calificándolo de romántico rezagado. No le faltan razones para llegar a esta conclusión: su gusto por lo medieval, su amalgama de historia y leyendas, el orientalismo que impregna la mayor parte de sus páginas, lo confirman. Pero este orientalismo de Pedro Antonio, en el caso de 'La Alpujarra', viene marcado por una evidente ausencia: falta su elemento definidor, el moro. En 1872, fecha en que Alarcón realiza su viaje, no hay moros en la Alpujarra. No importa: la ausencia del moro la va a llenar la guerra de los moriscos, su derrota y expulsión. Su protagonista será el lejano caudillo Abén-Humeya, por el que Alarcón siente un afecto especial. De esta manera, gracias a la his-

toria –y también a la leyenda–, nuestro autor desde las primeras páginas va a poder hacer gala de su marcado orientalismo. Valga como ejemplo esta original descripción de Granada contemplada desde el Suspiro del Moro:

«Granada se veía blanquear a lo lejos, tendida en los cerros umbrosos de la Alhambra y el Albaicín, como una odalisca envuelta en cándido alquicel, echada sobre oscuros almohadones...»

Todo esto nos lo explica Eladia Raya con una pormenorizada aportación de datos, libros y fechas. También con bastante amenidad. Pero, cuando entramos en el libro de Alarcón, aún encontramos otro detalle fascinador. Vamos a explicarlo: Alarcón publicó en vida dos ediciones de 'La Alpujarra', una en 1874, muy espontánea y poco cuidada; otra en 1882, más cuidada y corregida, que es la que el autor posteriormente incluyó en sus obras completas. Ésta última versión es también la que la que Eladia Raya ha tomado para el libro que ahora tenemos en las manos, pero su celo investigador llega a tal extremo que, cada vez que hay una variante significativa entre una y otra edición, aparece una nota a pie de página, que nos ofrece las diferencias entre ambas versiones. De esta manera el lector estudioso puede cotejarlas con toda comodidad.

Respecto al libro de Alarcón, nada que añadir. Dice exactamente lo que ya conocíamos desde el primer día que leímos la obra, hace ya un montón de años. Aquí la novedad es el imponente trabajo de la investigadora Eladia Raya. Merece la pena volver a leerlo.